

HACIA UNA ALIANZA CONTINENTAL-ANALÍTICA: EL CYBORG Y LA MENTE EXTENDIDA.

Gloria Andrada de Gregorio¹ y Paula Sánchez Parera²

Don't be too proud of this technological terror you've constructed.

The ability to destroy a planet is insignificant next to the power of the Force.

- Darth Vader, *Star Wars, Episode IV: A new hope*

Resumen: Si bien la filosofía contemporánea se encuentra escindida en las ramas continental y analítica, frente a este solipsismo metodológico que acarrea antagonismos innecesarios, nuestro objetivo es entablar un diálogo a través de dos metáforas que proponemos como equivalentes: el cyborg posmoderno y la mente extendida de la ciencia cognitiva. El fin que perseguimos atiende tanto a desmitificar el universal (de lo humano y su cognición) por vía ontológica, como a no perder de vista los efectos materiales de sus lógicas de dominación en clave política. En una primera parte, investigaremos esta ontología materialista y paranoide analizando los paralelismos entre la deconstrucción del concepto de naturaleza y su consiguiente identidad por parte de la figura del cyborg, y la crítica a la noción de mente propia de los modelos computacionalistas y cognitivistas siguiendo, de manera promiscua y arriesgada, la teoría de la mente extendida. Mientras, en la segunda parte, investigaremos las consecuencias políticas que se siguen de ambas hipótesis en la línea de una democracia radical, entendiéndolas como un pacto de afinidades basadas en la necesidad de traducción intercultural y conocimientos situados, en lugar de limitarse a la identidad y sus consiguientes exclusiones.

¹ Licenciada en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid (2011). Máster en Ciencia Cognitiva y Lenguaje por la Universidad de Barcelona (2012) becada por la Caixa. Actualmente se encuentra comenzando doctorado en la Universidad Autónoma de Madrid, en un proyecto sobre experiencia temporal dirigido por Jesús Vega Encabo. La mente, el tiempo y el cuerpo son los tres pilares de su investigación.

² Licenciada en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid (2012), durante la cual disfrutó de la beca de excelencia del Gobierno de Canarias (2007-2011) y la beca de colaboración del Ministerio de Educación (2011-2012) bajo la tutela de Jesús Vega Encabo, con el proyecto *El papel de la conciencia en el problema de la medida de la mecánica cuántica*, actualmente cursa el Máster de investigación en humanidades Teoría y Crítica de la cultura de la universidad Carlos III de Madrid.

Andrada de Gregorio, Gloria; Sánchez Parera, Paula, "Hacia una alianza continental-analítica: el cyborg y la mente extendida", Colectivo Guindilla Bunda Coord. (Ábalos, H.; García, J.; Jiménez, A. Montañez, D.) *Memorias del 50º Congreso de Filosofía Joven Horizontes de Compromiso: LA VIDA*, Granada: Asociación de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales, 2015, pp. 907-927.

Palabras clave: cyborg, mente extendida, biotecnología, ontología corporal, cognición, democracia radical.

Abstract: While contemporary philosophy is divided into two separate branches (continental/analytic), against this methodological solipsism that raises unnecessary antagonisms, our goal here is to establish a dialogue between two metaphors we propose as equivalent: the postmodern cyborg and the extended mind. The end we seek serves both to demystify the universal (of the human and its cognition) from an ontological point of view, as to not lose sight of the material effects of its logic of domination from a political perspective. In the first part, we will investigate this materialistic and paranoid ontology, analyzing the parallelisms between the deconstruction of the concept of nature and therefore its identity by the figure of the cyborg, and the critique of the notion of mind entailed by the classic cognitivist models following, in a promiscuous and risky way, the theory of the extended mind. Meanwhile, in the second part, we will investigate the political implications that follow from both hypotheses in the line of a radical democracy, understanding them as a pact affinities based on the need of intercultural translation and situated knowledge, rather than simply limited to the identity and its subsequent exclusions.

Keywords: cyborg, extended mind, biotechnology, body ontology, cognition, radical democracy.

1. Introducción

La filosofía de nuestro tiempo asume acriticamente la división en dos grandes corrientes que se enmarcan bajo los rótulos de ser o bien “continental” (existencialismo, fenomenología, estructuralismo, posestructuralismo o teoría crítica), o bien “analítica” (positivismo lógico, filosofía lingüística wittgensteiniana o neowittgensteiniana, uso de la lógica y matemática para desentrañar problemas conceptuales). Si bien a menudo se argumenta que dicha demarcación obedece a un criterio metodológico postkantiano, las divergencias doctrinales en el interior de cada corriente revelan la artificialidad y falta de fundamento filosófico para tal escisión. Por el contrario, la sumaria división parece responder a un criterio más bien geográfico que no hace sino alimentar, en la misma operación, la endogamia de influencias y estilos que ha elaborado cada tradición nacional.

Sin embargo, comprometidas con un contexto global, la necesidad de encontrar puntos de contacto que comuniquen a estos dos espurios y postizos bloques se nos impone como una cuestión intelectual y políticamente urgente. En esta dirección, proponemos como ‘metáforas’ equivalentes dos planteamientos paralelos que se sitúan a ambos lados del espectro: el cyborg posmoderno de D. Haraway y la mente extendida de Andy Clark y David J. Chalmers⁽¹⁹⁹⁸⁾. Esta decisión de escoger la metáfora de la mente extendida como propia de la demarcación analítica es en sí misma controvertida, lo que muestra, una vez más, cuán artificioso resulta taxonomizar la labor filosófica. Ateniéndonos a esta consideración, aquello que queremos remarcar es el hecho de que, quizás condicionado por esta distinción, el estudio filosófico de la mente queda a menudo reducido al ámbito descriptivo: su principal labor se basa en describir el funcionamiento de la mente a través del análisis de conceptos y de la reflexión sobre datos empíricos. Es indudable que este es un camino fructífero e interesante, a la vez que una trayectoria metodológica voluntaria. Sin embargo, parte de la originalidad de nuestra propuesta radica en apropiarnos de una teoría de la mente específica para abrirla al ámbito socio-político, forzando así sus límites.

De este modo, con el contrabando de propuestas como propósito, analizaremos en una primera parte la ontología que se desprende de ambas figuras para señalar tanto el paralelismo deconstructivo con el que se oponen a sus respectivos modelos canónicos de subjetividad enarbolados bajo el signo de lo universal, como las semejanzas que concretamente las hibridan. El objetivo a corto plazo, desarrollado en la segunda parte, es el de mostrar la oportunidad de una política no fundamentada en categorías estancas y excluyentes de identidad que ambas propuestas parecen proporcionarnos en su corolario práctico, en la línea de una democracia radical y su consiguiente receta: desmantelamiento del universal, énfasis en los conocimientos situados, necesidad de traducción intercultural, etc. Nuestro propósito global, no obstante, no es otro que el de lograr articular la alianza -la reunión fecunda de las diferencias- entre estos dos amplios cajones de sastre de la disciplina con el fin de vivificar el empeño dialógico que ha caracterizado a la filosofía occidental desde el siglo V.

2. Ontologías paranoides.

2. 1. Cyborg y monstruos.

El cyborg (*cybernetic organism*), aquél término que fuera ideado en 1960 por Clynes y Kline para designar la fusión entre un organismo vivo y una máquina con el fin de mejorar o sustituir las funciones orgánicas mediante altas tecnologías, sería la figura que inspirase a Donna Haraway su consiguiente metáfora post-identitaria. Así, frente a la otra gran metáfora de la incorporación del siglo XX, el robot, el cyborg se caracteriza por ser una máquina funcional más que mimética, donde el acervo de la cultura popular, desde la cinematográfica *Blade Runner* hasta la literatura de ciencia ficción de Philip K. Dick y Stanislaw Lem, resulta fundamental para trazar las fronteras de este, su imaginario. Adueniéndose de aquel cruce de órdenes, el *Manifiesto cyborg* de Donna Haraway emergió como contra-lectura frente a sus homólogos; de un lado, deconstruía el ecofeminista *Spiral Dance* asentado en la figura de la diosa y, de otro, reescribía el marxista, sólo que ahora ya no será la burguesía, sino el cuerpo, el que haya llegado a su extenuación. El manifiesto, en suma, comprende las propuestas epistemológicas y políticas de la autora frente a la fractura de ideales que regularon el proceso civilizatorio en Occidente -historia, sujeto o progreso- ante la eclosión de signos y voces, donde optará por investir a la tecnología políticamente como noción clave y estratégica en lugar de su habitual demonización.

De esta manera, el cyborg de Haraway, aquella prótesis dotada de sensibilidad fantasmática³ entraña tanto la herramienta retórica como el conveniente método político para deconstruir la noción de naturaleza, proclamando su fin al aplicar la misma lógica que el enemigo; esto es, construyendo esa ontología paranoide que nos proporcione nuestra política. Consciente de que la naturaleza ha operado como reiterado enclave para la constitución discursiva del Otro en la historia del colonialismo, (hetero) sexismo y otros tantos ismos, Haraway señala su anclaje metafísico en una serie de mitos fundacionales de raigambre hegeliana. Así, la experiencia de las mujeres, el contrato social, el origen del lenguaje o, incluso, el nacimiento del yo descansan sobre los mitos trascendentales de la Ilustración o metanarrativas. Sin embargo, el Otro alcanza precisamente su estatuto de 'Otro' porque constituye el límite del 'yo', su afuera constitutivo, en virtud del cual conquista la fantasía de poseer, previamente a sus actos, una identidad estable, coherente y

³ Preciado, 2002, p.134

unificada. Es éste un presupuesto moderno que se enarbola desde una ontología exclusivamente mentalista, donde el espectro del cartesianismo impone unilateralmente sus requisitos al desdeñar tanto al cuerpo -residuo de la naturaleza- como a su espacio de aparición –medio- de los dominios de la subjetividad. Si bien la tarea del Otro – ser múltiple de sin límites claros, insustancial- es hacer de espejo al yo teleología negativa mediante, los criterios de inteligibilidad, la idea de lo humano que produzca, quedarán restringidos a los atributos unívocos y definatorios de la modernidad. Así, todo mito fundacional de una identidad colectiva como el proletariado o ‘la mujer’ acarrea sistemáticamente exclusiones para con la identidad al operar en dirección a su subsunción o asimilación al universal. Haraway, circunscribiéndose en la deriva posmoderna, comprende que toda axiología dualista y su ulterior explicación de la opresión según polaridades dialécticas no solo acaba por traducirse en una normatividad diferencial, asimétrica y jerárquica, sino también en una exclusión de lo que no resulta inteligible en sus términos. Sirva como ejemplo tanto el feminismo marxista como el radical cuyas explicaciones de la dominación se asentaban en estructuras ontológicas, ya sea del trabajo o del sexo respectivamente, entendiendo únicamente la raza como una adición; una extensión de la categoría a la que no le conceden una dominación específica. Este es el problema de universalizar la condición de mujer y los objetivos de una lucha activa, pues los ideales feministas de la Segunda Ola lejos de ser universales se corresponden con un estilo de vida de clase media, proceden del norte, realizando con ello una peligrosa asociación entre Occidente y progreso en la media en que se desvalorizan cualesquiera otros valores que el intercambio cultural pudiera proporcionar. Por su parte, “un cuerpo cyborg no es inocente, no nació en un jardín; no busca una identidad unitaria y, por lo tanto, genera dualismos antagónicos sin fin”⁴ apartándose de toda vetusta esperanza por conquistar la armonía de *una fuerza de trabajo liberada, la comunidad como familia y lo femenino como divinidad*, encontrándose proyectado al futuro “es el yo que las feministas deben codificar” (p. 279).

Avistada entonces la frontera difusa entre las dicotomías de animal/humano, humano/máquina y materialismo/idealismo el cyborg es la figura que nos permite pensar la imbricación de los órdenes contradictorios al eclosionar paradojas tales como quién hace y

4 Haraway, 1991, p.309

quién es hecho en la relación entre lo orgánico y la máquina. Fruto del incalculable impacto de las tecnologías de la comunicación y las biotecnologías no solo fueron los reajustes en las relaciones sociales, propiciando aquella transición de una sociedad industrial a un *sistema polimorfo de información* donde todo puede ser conectado, sino también una alteración de la ontología humana, cuyo antecedente –o suplemento, que diría Derrida- fue la prótesis. Como reseña Preciado, la prótesis actúa en dos sentidos: unas veces es instrumentalizada por el cuerpo como estructura orgánica al hilo del hombre máquina de La Mettrie, y otras es la máquina quién integra al cuerpo como parte de su mecanismo, al igual que en *Metrópolis* adquirirá la imagen de una mujer o un monstruo. Sin embargo, “resulta imposible estabilizar la prótesis, definirla como mecánica u orgánica, [...] pertenece por un tiempo al cuerpo vivo, pero se resiste a su incorporación definitiva”⁵. Este estatuto *boderline* de la prótesis expresa la imposibilidad trazar límites precisos, pues la tecno-ciencia contemporánea opera igualmente con ambos órdenes: terapias contra el cáncer, ciber-implantes, tratamientos hormonales, etc. De este modo, el cyborg trasgrede las fronteras con actitud irónica y blasfema, pues habita en un territorio polimorfo de información (codificada/invertida/intercambiada), haciendo de la identidad un movimiento quiasmático entre discursos y prácticas.

Sin embargo, aún cuando las categorías ontológicas del cyborg son la contradicción, la parcialidad y la generación⁶ el excesivo individualismo del *Manifiesto* –que comprende el cyborg de modo atómico, aunque necesite conectar- no logra articular una política en la medida en que ha erradicado toda tierra o base de sustentación. Consciente de la limitación, Haraway matiza su postura en *Las promesas de los monstruos*⁽¹⁹⁹⁹⁾, concediendo ahora que si bien no podemos prescindir de la naturaleza, deberemos alcanzar una relación alternativa a la de reificación o posesión. Precisamente porque ‘la naturaleza’ no es un a priori, sino que se produce en relación, se trata de un lugar común: un *topos* (desde el que ordenar y componer la memoria, el discurso) y un *tropos* (una figura, una construcción discursiva),

⁵ Preciado, 2002, p. 129

⁶ “Mediante un regreso a la raíz del verbo *generare*, de la que provienen los significados de ‘género’, Haraway sugiere la generación como posible contra-ciencia ante los imaginarios exterminadores fundados sobre violentas fantasías de género” Jackie Orr, “¿Feminismo de ciencia ficción?”, en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Ed. Cátedra, Madrid, 1991, p. 49.

permutando, así, a ser cultura pública⁷. Haraway, fiel a la greco clásica comprende que la naturaleza tiene que ver con el cambio, por lo que no se trata del concepto bíblico de *creatio ex nihilo*, sino del enarbolado por Lucrecio donde la cultura surge como un epifenómeno. Sobre esta base, más que de identificación, de aprehensión, el cyborg emerge como un cuerpo colectivo o, más concretamente, un artefacto histórico constituido por *actantes*. Los actantes, al hilo de los actores de Latour, suponen una ampliación de los agentes implicados en cualquier proceso o movimiento, que dejan de ser solo personas para abarcar todos los dispositivos materiales, institucionales o simbólicos que se organizan en torno a él. Así, cuando hablamos, por poner un ejemplo, del movimiento anti-globalización, tendríamos señalar como actantes, como *aquellas entidades que provocan efectos en concatenación con otros humanos y no humanos orgánicos y tecnológicos*, desde las cámaras, las pancartas o los manifestantes, hasta la propia retroalimentación, discurso y articulación audiovisual. Las fronteras de estos cuerpos, tan materiales como semióticos, solo logran materializarse en la interacción social, por lo que la ontología del monstruo⁸, del actante, se circunscribe dentro de una ontología relacional cuya proposición central es “el ser es en relación”⁹. Y si el ser del monstruo adviene en la acción conjunta, es de esperar que aquello que la caracterice sean las decisiones estratégicas, los procesos de producción y reproducción móviles que se adecúan a los diversos vínculos y pactos temporales; conciencia local que no deja de ser planetaria, como viera Spivak.

El de Haraway, en suma, se trata de todo un intento por repensar los actores implicaciones en la construcción de la dicotomía naturaleza/cultura a partir de un uso estratégico de la

⁷ Al igual que en (y con el) *Orientalismo* de Said, la naturaleza se entiende aquí como el producto de las prácticas constitutivas de los científicos, capturando, en la estela de los estudios culturales, nuevos espacios para la etnografía al concebir a las comunidades científicas como culturales, con sus consiguientes visiones del mundo que alimentan y, reproducen, el tipo de conocimiento que elaboran.

⁸ Dadas las limitaciones físicas del artículo no se aborda la ontología del monstruo, pretendida consecuencia del cyborg, que trataremos de sufragar en estas breves líneas. Monstruo proviene del latín *mostrum*, mostrar, lo que señala o marca la diferencia, emparentado también con la noción de prodigio, lo que señala un grave acontecimiento, una ruptura. El monstruo es una trasgresión de la ley, una excepción de la norma que se plasma desde un punto de vista estético como lo desproporcionado o inconmensurable y, desde un punto de vista moral, en el comportamiento. Así, siguiendo la arqueología de la anomalía de Foucault, se producen dos momentos en el análisis de la monstruosidad: de ser considerado como un complejo jurídico y moral, una mezcla de reinos, a ser comprendido, a partir del siglo XVIII, como una desviación del comportamiento.

⁹ Simodon, 2008, p.115

tecnología. Nociones que desde la antropología colonial¹⁰ se revelan correlativas, pues la operación más sofisticada de la tecnología no es la desnaturalización, sino la producción particular de un tipo de naturaleza.

2.2. Mentes extendidas.

Las distintas teorías sobre qué es la mente y cuál es el espacio de lo mental condicionan nuestra concepción del ser humano. La ‘mente’ es un concepto abstracto que consideramos el centro de los procesos cognitivos, el espacio de la cognición y el pensamiento: un espacio virtual donde se produce, se almacena, se modifica, nuestra información sobre el mundo. Por ello, dependiendo de nuestras distintas teorías de la mente, tendremos una concepción del sujeto u otra. Frente al individualismo propio de la ciencia cognitiva clásica, la teoría de la mente extendida abre la posibilidad de un agente híbrido, lo que le convierte en un fuerte aliado para desmitificar el universal (de lo humano y su cognición) emancipándolo de las ontológicas esencias dualistas a las que ha estado sujeto. En la medida en que las teorías psicológicas suelen apoyarse en modelos explicativos o metáforas para su ulterior desarrollo teórico y que éstas contienen de forma simplificada una concepción de la mente de la que se deriva una consiguiente idea de lo humano, estas distintas concepciones pueden explicarse de modo ilustrativo como un tránsito de una metáfora a otra.

De este modo, la ciencia cognitiva clásica toma la metáfora computacional como punto de partida¹¹. Los distintos estudios de la mente parten de la idea de que la mente es la función de un procesamiento de información desde las entradas sensoriales (*inputs*) a las salidas conductuales (*outputs*). En analogía con los ordenadores, en el marco del paradigma cognitivo, el pensamiento y la inteligencia son el resultado de manipulaciones internas (representacionales, simbólicas) de la información de un modo inferencial, que puede

¹⁰ Haraway, 1995, p.86

¹¹ Previa a la metáfora computacional, podríamos citar la metáfora del homúnculo, la cual queda expresada en términos de Gilbert Ryle como la del “fantasma dentro la máquina” (RYLE, G., *El concepto de lo mental*. Ediciones Paidós Ibérica, 2005). El fantasma o el homúnculo como centro separado de control de la mente/máquina es una ejemplo ilustrativo de la teoría de la mente que se desprende del dualismo cartesiano. Esta idea ha tenido mucho peso en las explicaciones filosóficas de la consciencia y ha dado lugar a la crítica de lo que Dennett ha llamado “teatro cartesiano”. Para más información al respecto ver: DENNETT, D., *Consciousness Explained*, ed. Penguin Press, EEUU, 1991.

explicarse como unas instrucciones sintácticamente expresadas dentro de un sistema formal. Una idea crucial es la noción de representación: esos símbolos *representan* el mundo exterior¹². Los estados mentales son intencionales, es decir, se refieren a las cosas del mundo.

Se puede afirmar que bajo el programa computacional, se mantiene una cierta caracterización propia de la ontología cartesiana, en la cual una forma muy débil del dualismo mente/cuerpo parece seguir estando vigente: los estados mentales y la mente continúan siendo algo interior, individuados por aspectos intrínsecos al individuo e independientes del entorno y de sus relaciones con él. Siguiendo esta concepción de lo mental, el *sujeto* continúa manteniéndose como algo separado de su medio. Por lo tanto, bajo este programa existe una escisión con ecos platónicos entre cómo son las cosas y cómo se (re)presentan en la mente.

En consecuencia, la ciencia cognitiva clásica asume una concepción de los seres humanos como individuos autónomos y aislados. De un modo compatible con la psicología popular de raigambre cartesiana, se pueden distinguir dos aspectos centrales que caracterizan la mente: la mente como lugar de la cognición y la mente como una unidad, es decir, como el órgano de control inferencial que determina nuestro comportamiento inteligente. Como consecuencia, se considera que el sujeto, o poseedor de dicha mente, tiene acceso a sus estados mentales y es un sujeto/agente responsable de sus acciones. Como vemos, la concepción de la inteligencia es sumamente racionalista: el agente debe valorar las distintas posiciones dentro de la situación específica, para elegir un curso de acción y posteriormente

¹² La noción de representación juega un papel central en las explicaciones psicológicas. Los cálculos o procesamientos de información se rigen por el contenido de tales representaciones. Sin ella, sería imposible explicar estos procesos, y la psicología quiere explicar el comportamiento. Un ejemplo intuitivo es cómo las creencias rigen la conducta de los individuos: si yo no creyese que mañana tengo una cita en el médico, entonces no iría. La analogía parte del hecho de que los ordenadores producen un comportamiento inteligente mediante la manipulación y transformación de señales de información siguiendo unos algoritmos lógicos. El procesamiento de información parte de una corriente de entrada (*input*) a una salida (*output*). Lo más determinante para la ciencia cognitiva es que la computadora no sabe nada de lo que los símbolos (en su caso binarios) significan, sin embargo está construida de tal manera que lleva a cabo un procesamiento y una manipulación de los símbolos (*tokens*) que tiene como resultado lo que puede considerarse como una respuesta inteligente (inteligencia artificial o derivada). Sin embargo, para poder explicar por completo los cálculos, es necesario explicar los procesos en términos de lo que representan los símbolos.

ejecutarlo.

Frente a este individualismo característico de la ciencia cognitiva clásica surge un intento de situar a las personas en el mundo, de explicar su conducta inteligente en base a las relaciones que se entablan entre ellas y el medio en el que se desenvuelven. En contraposición al modelo computacional- que convierte a lo que rodea a la mente en mera entrada sensorial y, por lo tanto, considera que la percepción y la cognición son procesos separados y secuencialmente organizados- este nuevo enfoque en las ciencias cognitivas aumenta progresivamente el espacio de lo mental, que deja de ser un espacio interno, confinado en los límites del cráneo, para ocupar el cuerpo, el entorno, la situación... El procesamiento de información interno (basado en sistemas de representaciones y reglas) no puede dar cuenta de la inmensa cantidad de actividades inteligentes que tratan en definitiva de controlar un cuerpo en un entorno continuamente cambiante. De este modo, en contraposición a la escisión internista, lo común a estos nuevos programas de cognición situada es el énfasis en la apertura al mundo, en el acoplamiento dinámico con el entorno.

El punto de partida de estas propuestas es el rechazo de la imagen *input/output* que ha lastrado varias concepciones tradicionales de la mente. Muchas de estas teorías rechazan de pleno tanto la noción de procesamiento de información como la naturaleza representacional de los procesos cognitivos. No sólo la tradición ecológica, de inspiración gibsoniana, pone en duda estos presupuestos cognitivistas, sino que también lo hacen más recientemente todas las concepciones enactivistas y dinámicas que insisten en la idea de que el contenido de las experiencias depende de la posesión de habilidades corporales y de la posesión de lo que algunos han denominado conocimiento sensorio motriz¹³. El conocimiento sensoriomotriz es el resultado del desarrollo de habilidades motoras en las que los movimientos corporales se utilizan para conocer y explorar el entorno. Los agentes progresivamente comprenden cómo lo que ellos perciben de manera sistemática depende de lo que hacen. Por ello, la noción de acción toma un lugar mucho más prominente que en el cognitivismo clásico. Frente a la acción planificada propia de los modelos computacionalistas, el giro situacionista de las ciencias cognitivas propone una acción ligada con la praxis real, al aprendizaje mediante prácticas reales en el entorno material.

¹³ Nöe, 2004

Dentro de este contexto, surge el modelo de la mente extendida. En él, la mente se extiende más allá de sus límites tradicionales, para convertirse en una amalgama entre cuerpo, mente y mundo. Los sistemas cognitivos son el resultado de una serie de acoplamientos, de andamios (*scaffoldings*), de estructuras que trascienden los límites de lo que tradicionalmente consideramos como su lugar natural. Los procesos cognitivos deben entenderse como situados, corporizados y orientados hacia el logro de objetivos concretos.

Lo más novedoso de esta teoría es que no se trata de un externismo semántico en donde el entorno (entendiendo como tal todo lo externo al cráneo) tiene un papel causal en el contenido de los estados mentales (algo defendido, entre otros, por Burge²⁰¹⁰). La idea de la mente extendida va más allá, propone un externismo radical y activo¹⁴: el entorno constituye la mente, “las realizaciones de los estados cognitivos tienen una localización amplia, no limitada por la estrecha frontera del cuerpo humano”¹⁵.

Lo interesante para nuestra ontología paranoide, es que los autores de este programa no limitan la extensión a la mente. En el ya citado artículo de 1998, los autores proponen no sólo una mente extendida más allá de los límites del cuerpo humano, sino un sujeto/agente extendido (*extended self*)¹⁶. Con ello transitamos de la mente extendida al agente extendido. Esto resulta de un argumento muy básico: la mente forma parte del sujeto, si ésta se extiende, entonces el sujeto también. Si bien esto parece innegable, el resultado es una noción no poco problemática de subjetividad, que deja atrás la autonomía y el aislamiento que tradicionalmente la caracterizaba para convertirse en algo dinámico, continuamente cambiante de acuerdo con los distintos acoplamientos con partes externas al organismo

¹⁴ Es necesario recalcar que el uso de cualquier artefacto cultural en cualquier circunstancia no genera las condiciones para un caso de extensión de la mente. Por ello, Clark y Chalmers (op.cit. p. 17) proponen un principio para determinar casos de cognición extendida que parte del más puro funcionalismo, al caracterizarse un estado mental por los procesos funcionales y computacionales que lo conforman, dejando de lado las condiciones de realización de los mismos. Dicho principio, es el Principio de Paridad el cual reza que “si al enfrentarnos a una cierta tarea, una parte del mundo funciona como un proceso que si estuviese en la cabeza no dudáramos en aceptarlo como parte del proceso cognitivo, entonces esa parte del mundo es (en ese momento) parte del proceso cognitivo”.

¹⁵ Vega, 2006, p.17

¹⁶ La teoría de la mente extendida, y su consecuente ampliación al agente extendido, pone en entredicho ciertas dimensiones tradicionalmente asociadas con la concepción del “yo” o del sujeto: el yo como sujeto de experiencia, como autoridad, como unidad cognitiva y el yo como identidad.

como puede ser el propio ambiente, componentes biónicos, prótesis o cualquier tipo de dispositivo tecnológico. De este modo, el modelo de la mente extendida cambia nuestra ontología: surgen mentes híbridas, mentes abiertas que se proyectan más allá de los límites del cráneo. Lejos queda esa escisión platónica, esa distancia entre la piel y el mundo.

Siguiendo la deriva crítica del cartesianismo que ha transitado la filosofía contemporánea, bajo la versión principal de este programa desaparece la concepción sustancialista del yo a favor de una teoría eliminativista, en la que el sujeto (*the self*) es algo que se modifica en los distintos contextos y a lo largo del tiempo. Por supuesto, para que el ser se extienda hace falta cumplir ciertas condiciones. No por el mero hecho de responder al teléfono se considera que dicho dispositivo forma parte del sujeto en cuestión. Condiciones como el automatismo y la accesibilidad son determinantes. Tomemos como caso ilustrativo el ofrecido por Clark y Chalmers: un sujeto llamado Otto padece Alzheimer por lo que sufre pérdidas de memoria. Debido a esto apunta todos los datos que considera relevantes en un cuaderno. De esta forma, él consulta de manera automática su cuaderno, portador de sus creencias, del mismo modo que un sujeto en condiciones normales accede a sus creencias (aunque en su caso se encuentren en el interior de su cuerpo). Lo que nos concierne ahora, no es sólo el rol activo que juega el cuaderno en la cognición de Otto, sino el hecho de que, de acuerdo con los autores, cuando Otto consulta su cuaderno, Otto se extiende más allá de su cuerpo. Éste y el cuaderno forman un único sistema ensamblado, del mismo modo que también forma un sistema extendido aquel que posee una mano biónica.

Esto parece concordar con un aspecto intrínseco a la naturaleza de los seres humanos que, desde sus inicios como especie, “son productos de la técnica”¹⁷. Desde la herramienta más rudimentaria, hasta el lenguaje, la humanidad convive en un universo lleno de estructuras, de artefactos materiales e inmateriales, orgánicos y tecnológicos, biológicos y biónicos. Parece irrevocable el fin de los discursos esencialistas en aras de una ontología híbrida. Dicho esto, hay que advertir que no estamos cayendo en un discurso ingenuo. Somos plenamente conscientes de que la teoría de la mente extendida y del agente extendido, tiene todavía mucho terreno que recorrer. Sus consecuencias filosóficas y su base empírica sigue siendo investigadas. Bien es verdad que eso no es lo que nos concierne en este ejercicio

¹⁷ Broncano, 2009, p.19

filosófico, que desde el principio proclamamos como una interpretación promiscua y arriesgada de esta teoría para cumplir un fin particular no sólo ontológico, sino también político.

2.3. Inflexiones de lo humano

Ambas metáforas heurísticamente contraen el efecto de deconstruir la centralidad de la mente y la identidad de la idea de lo humano, en el mismo gesto con el que logran subvertirlas al mostrar la artificialidad de su hegemonía. De los confinados muros de lo mental en los que exclusivamente se había edificado la subjetividad, nuestras figuras se enfrentan a la división psicofísica cartesiana enfatizando, por el contrario, el papel de la acción y el medio como categorías vitalmente indisociables. Como resultado, los límites de lo humano se amplían en dos sentidos: de la mente al cuerpo y, del cuerpo, a su entorno, el mundo. De un lado, de haber sido conceptualizados como exclusivos seres mentales donde se imponía una concepción racionalista de la inteligencia y una presunción de la conciencia como transparente así misma, con sus consiguientes figuras metonímicas de occidentalidad y masculinidad invisibilizadas por un desempeño presuntamente abstracto, cyborg y mente extendida acentúan, por el contrario, el papel primordial del cuerpo, sus habilidades y el conocimiento sensoriomotriz que proporciona como fundamentos de nuestra subjetividad. Un cuerpo, además, cuya estructura orgánica no queda restringida por los límites anatómico-individuales, comprendiendo a los individuos de manera atómica y aislada, sino que se amplía para dar cabida no solo a colectivos, sino también a animales englobados bajo el rótulo de “actantes”. Cuerpo, también, tecnológico, si se quiere perpetuar la demarcación, en la medida de que prótesis, dispositivos y artefactos materiales forman funcionalmente parte de su morfología conformando mentes híbridas que se extienden más allá del cráneo. De otro lado, en la medida en que la mente extendida comprende que los procesos cognitivos no solo se encuentran corporeizados, sino también y, simultáneamente, situados, el cuerpo se amplía al mundo en una amalgama conjunta con la mente. Este es un paisaje donde el agente extendido no conoce en la cerrazón de sus procesos internos, sino donde el necesario acoplamiento dinámico con el entorno propicia aquel externismo radical y activo por el que el mundo forma parte indisociable de su mente.

En suma, la lectura que nos proporcionan ambas metáforas en nuestra travesía ontológica subraya la hibridación, acoplamiento y adaptación como lo genuinamente humano. En otras palabras, aquella dicotomía naturaleza/cultura que insuflara los límites de la identidad al cuerpo y su naturaleza a la mente, frente al cyborg y la mente extendida no solo se declara espuria, sino que, además, revela a ambos términos como correlativos: si bien la tecnología es un constructo natural, la naturaleza se construye tecnológicamente.

3. Política de los híbridos.

El horizonte en el que actuamos se encuentra ahí como posibilidad constitutiva de nuestra propia capacidad de actuar, no meramente como algo externo o preexistente a los actos que configuran al sujeto. Esta aseveración permite enmarcar a ambas metáforas, cyborg y mente extendida, en el modelo foucaultiano de producción de la subjetividad, donde toda una serie de dispositivos institucionales, mecanismos de poder productivos que operan en el cuerpo mediante regímenes de verdad y tecnologías del yo, configuran la idea de un sujeto pretendidamente coherente y estable. Sin embargo, aquello con lo que se encuentran comprometidas no es con su éxito al hilo de conformar la fantasía de una identidad unificada y persistente a través del tiempo, sino con su desbordamiento, la agencia como resignificación.

Fue precisamente este carácter pragmático del lenguaje, el poder instituyente de la palabra, lo que llevara a Austin a proponer su teoría de los actos de habla. Frente al convencionalmente denominado analítico, Derrida en *Firma, acontecimiento y contexto* defiende la iterabilidad como la capacidad de ser citado al infinito y el desplazamiento que ocurre en cada reiteración; por lo que la iteración no es la expresión de una voluntad individual, sino de aquellas acciones repetidas y reconocidas por la tradición o convención social. La radicalización de la teoría de Austin suponía, entonces, tanto una crítica al presupuesto metodológico voluntarista de la concepción liberal, como a la lógica representacional del lenguaje¹⁸. Por su parte, Foucault mediante, señaló que si bien el sujeto es un efecto del poder no queda determinado por él, puesto que el poder no puede mantenerse a sí mismo si no se reproduce y, cada acto de reproducción, dada la ausencia de

¹⁸ Butler (1990, pp. 173-277

original, produce efectos imprevistos a su norma. Que la repetición nunca se concrete de modo exacto, que lo que se expone nunca sea exactamente lo que se quiere decir, es una señal de que la materialización no logra ser completa y, en su falla, reside la oportunidad de volverla contra sí misma quebrando así su hegemonía. De este modo, en cada acto de la praxis performativa puede producirse una resignificación, un desplazamiento del significado en relación tensa con su historicidad; en otras palabras, no se trata de un simple añadido descontextualizado de aquél, sino de una subversión que se hace con la historia misma del concepto, “tales normas entran en crisis porque son vectores de poder e historia, nos preceden y nos exceden”¹⁹. Por tanto, al comprenderse los sujetos como modalidades del poder, tan subyugados como empoderados, en los momentos de aplicación y reproducción de la norma simultáneamente se descubre la posibilidad de su subversión, si se producen rearticulaciones que pongan en tela de juicio su hegemonía.

Precisamente porque toda tecnología no es sino un sistema de objetos potencialmente abiertos en su uso, ésta aparece como el paisaje y modalidad contemporánea de lo que Foucault denominase *praxis de resistencia*. Toda tecnología es susceptible de ser apropiada, pervertida e invertida generando así nuevos usos, dispositivos de placer-saber y divergentes posiciones de identidad. Aún incluso cuando su diseño específico estuviera encaminado hacia la dominación, la ambivalencia del poder, resignificación mediante, suministra una potencialidad ilimitada por la que también son tecnologías de resistencia.

Ahora bien, ¿cuáles son los mecanismos políticos, tanto críticos como productivos, con los que puede operar la tecnología? En primer lugar, encaminada a la emancipación, no de la dominación de una lógica dialéctica que reifique su estructura, sino de nuestras propias ontologías fraguadas en la modernidad, la tecnología opera, como viera Haraway²⁰, frente a las políticas de representación, articulando nuevos imaginarios culturales. Paralelamente, en la dimensión intrasubjetiva, mental, de la representación, si bien la teoría de la mente extendida no se opone a la representación del modelo computacional -en la cual, como hemos visto la percepción y el pensamiento serían el fruto de un procesamiento de

19 Butler, 2009, p. 333

20 (1999, p.137)

información simbólica de la realidad-, tras el giro situacionista enfatiza el rol de la acción en los procesos cognitivos. La representación o política del reconocimiento propia de la democracia liberal actúa mediante operaciones de distanciamiento que desvinculan *a lo representado de los elementos, tanto materiales como discursivos*, que le rodean, convirtiéndole en objeto mudo y, a sus portavoces, en los únicos interlocutores válidos. Precisamente porque, como sostiene Butler²¹, existen condiciones históricamente articuladas de reconocibilidad que posibilitan el reconocimiento mismo, aquello que se reconozca será un solo atributo definidor, invisibilizando así la interseccionalidad de las opresiones. Esto, además, contrae el efecto perverso de alcanzar la visibilidad de la diferencia exclusivamente en términos de mercado, haciendo de ella fetiche. Frente a ellas, Haraway defiende políticas de articulación que generen otro tipo de narrativas, elaborando imaginarios contramodernos en lo que se insinúa como un proyecto estético fuerte, que no meramente lingüístico. Mediante el concurso de la tecnología, la articulación trabaja enlazando las conexiones parciales que establecen las entidades colectivas, comprendiéndolas como un plexo de relaciones descentralizadas y desiguales que no poseen una única voz, sino una multiplicidad excéntrica y plural. Como ejemplo, Haraway cita una fotografía del *National Geographic* donde un indio kayapó graba la protesta de los miembros de su tribu contra la construcción de una presa hidroeléctrica en su territorio; lo que sería una praxis que invita a la articulación de sus motivos políticos, en clave genealógica, y no a la representación pasiva de sus identidades a través de terceros.

El fin que persigue esta deriva política, no lo olvidemos, responde a la necesidad de librar a la noción de universalidad de su peso fundamentalista, en la medida en que su raigambre occidental ha vuelto opaca la existencia de los agentes que no coinciden con las versiones dominantes sobre el saber, la noción del tiempo o la clasificación social, por citar algunos. Comprender el universal como un particular contingente y cultural no elimina la importancia y utilidad del concepto, sino que, por el contrario, evita los futuros reclamos, imprevistos en su predeterminación, de inclusividad. Además, tal y como se argumentará, solo evitando la clausura del universal y manteniendo, por contrapartida, la apertura de su significación como ideal regulativo, podemos hablar de democracia en un sentido radical.

21 2010, p.19

Así, frente al hiperproduccionismo que trata de reproducir el ideal del mito, sacralizado como original, Haraway opone el artefactualismo diferencial que únicamente alcanza a difractar la diferencia, sus efectos o interferencias, allí donde el ser inapropiable solo puede ser apresado por sus efectos. Ahora bien, esta permanente revisión del universal se desarrolla en el intercambio social a partir de la traducción cultural, que no supone una exacerbación del localismo, sino la necesaria comprensión de nuestros conceptos y prácticas políticas como territorios híbridos. Mediante el ejercicio de traducción tanto ambos interlocutores y como su relación quedan transformados, estableciéndose no la sustitución de un modelo por otro en beneficio de cualesquiera ideales, sino, antes bien, la confluencia de perspectivas tan limítrofes como superpuestas.

Por articulación Haraway entiende también un ensamble precario, ya que para poder articular políticas, frente a la pluralidad de relaciones que entablan los actantes, ha de poseer un número indeterminado de modalidades y localizaciones desde donde conectar la fricción. Esta es una apuesta por la asociación de frentes para la acción política, en lugar de la habitual afiliación a identidades monolíticas, como partidos, que frenan la cooperación y contrabando de propuestas. En términos de Sousa⁽²⁰¹⁰⁾, el potencial contrahegemónico de todo movimiento depende de su capacidad para articularse con otros grupos, en sus formas de organización y objetivos, lo que requiere que sean recíprocamente inteligibles, que pueda darse la traducción. Tal traducción se hace posible si, como supone Haraway, partimos de la base de reconocer todo conocimiento como parcial y situado, puesto que al ser conscientes de su incompletitud buscamos aprender de otros: “conocimientos situados que reconozcan desde donde hablamos pero a la vez no renuncien a la posibilidad de conocer, ni relativicen el valor ético y explicativo de cualquier conocimiento. [...] conocimientos parciales, localizables y críticos que admitan posibilidad de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología”²².

El escenario político donde se desarrolla la revisión del universal, a partir de la articulación de imaginarios y la traducción cultural asentada en conocimientos situados²³, lejos de ser

22 1999, p.156

23 Si bien es cierto que los conocimientos situados de Sousa se asemejan, aunque sea sólo por un aspecto nominal, al giro situacionista de las ciencias cognitivas, no debe conducirnos al equívoco de tomarlas como equivalentes: mientras que los conocimientos situados se refieren al contenido de los conocimientos, el giro

una propuesta meramente teórica o académica, se materializa cada día en la acción y cooperación de los diversos movimientos sociales que se oponen, en mayor o menor medida, a la violencia material y/o simbólica que políticamente inducen los Estados modernos. En la estela de la democracia radical de Laclau, Žižek y Butler⁽²⁰⁰³⁾, el proceso de disputa política ciudadana se dirige hacia la revisión constante de los procesos de representación con los que procede la articulación política. Sin caer en las categóricas amenazas de nihilismo, relativismo y escepticismo con las que a menudo se reseña la posmodernidad, conviene que no perdamos de vista la advertencia de Butler acerca de que deconstruir no es destruir²⁴. Precisamente porque no se trata de reinventar al sujeto como de hacer inteligibles todas las configuraciones opacas a la lógica con la que ha sido producido, aquello que pretende la democracia radical es ampliar los límites mismos de lo político hacia las zonas, antes pre-políticas, en las que se desarrolla acriticamente su construcción. Una interrogación incesante, pública y comunitaria mucho más fiel al avatar de la democracia que aquella que reza que no puede haber política sin sujeto. Al fin y al cabo, cyborg y mente extendida no pretenden tanto sustituir a la “humanidad” como propiciar la revisión de su concepto tradicional en clave ontológica, al tiempo que proporcionan un laboratorio político donde su acción no se desempeña en función de la identidad, sino de afinidades y vínculos móviles que transforman y producen la cooperación política misma.

4. Oportunidades de alianza.

Armadas con las metáforas del cyborg y la mente extendida, procedentes de dos tradiciones filosóficas supuestamente divergentes, hemos mostrado su confluencia al proporcionarnos relatos paralelos de la condición humana en el contexto tecnológico actual: hibridación, acoplamiento y adaptación quedan así recapitulados como ingredientes imprescindibles de nuestra ontología. En una primera parte, el análisis de aquella ontología paranoide nos mostró las semejanzas de un empeño no solo deconstructivo, sino también y, máximamente, subversivo, de la centralidad de la mente y su consiguiente identidad moderna. Como resultado del también acoplamiento de nuestros respectivos puntos de enfoque, la imagen

situacionista hace referencia a la manera en que se producen dichos conocimientos, a los mecanismos subyacentes que lo posibilitan. Dicho esto, de un modo laxo, la extensión de la cognición parece servir de base el argumento de Sousa, dado que si la situación juega un rol determinante en nuestra cognición, en cada ambiente o entorno se producirán nuevos conocimientos en deuda con su contexto.

²⁴ 1995, p.49

que nos proporcionaron ambas metáforas fue la de una ampliación de los límites de lo humano hacia espacios tanto orgánicos -resucitando al cuerpo no sólo de la abstracción filosófica ortodoxa, sino de su confin meramente individual- como no orgánicos, situando al agente en su genuino contexto como parte constitutiva de sí mismo. El corolario práctico de este paisaje monstruoso, analizado en la segunda parte, ilustraba un escenario político encaminado a la emancipación ontológica y transformación social mediante un uso productivo de la tecnología como modelo de resistencia a partir de operaciones de resignificación. Son estas modalidades de acción y cooperación política las que actualmente encarnan los diversos movimientos sociales en su empeño por conquistar la utopía lejos de enclaves identitarios y en pro de los vínculos, las afinidades y las solidaridades contingentes. Comprometidas de esta manera con el proyecto de una democracia radical destinada a batallar todo intento normativo por clausurar el universal, señalamos la importancia y los beneficios que la traducción cultural, asentada en conocimientos situados, puede proporcionarnos. Así, el agente extendido que es también el cyborg no solo eclosiona los asfixiantes confines a los que se había restringido la idea de lo humano, sino que, paradójicamente, también humaniza la política al hacer de ella un espacio de permanente disputa e intercambio de perspectivas, de democracia real.

Sin embargo, el trasfondo de este contrabando de metáforas, desde su génesis, no ha sido otro que el de reivindicar e instigar en dirección a una transformación contra-metodológica. Si la “analítica” mente extendida y el “continental” cyborg pueden hermanarse en sus respectivas lecturas acerca de la subjetividad, al tiempo que muestran en su desempeño real su similar competencia para la praxis política, bien pueden también hacerlo las respectivas torres de marfil de nuestra disciplina. En el mismo sentido con el que señalábamos que la fuerza normativa de las categorías identitarias acarrea sistemáticamente exclusiones de su nombre, la adhesión monolítica a una rama u otra de la filosofía invisibiliza las diferencias radicales entre éstas postergando el diálogo fructífero y fecundo. La artificialidad de la demarcación impide la que creemos una necesaria contaminación de sus estilos y tendencias: de un lado, la descriptiva analítica podría beneficiarse en el intercambio de la tarea de abrir al ámbito socio-político las derivas de sus hipótesis; de otro, la continental bien pudiera aprender de la rigurosidad conceptual de su oponente. No es esta una petición de uniformidad disciplinaria, sino, una vez más, de alianza comprendida ésta como el

encuentro de significaciones donde la reunión modifica los dos polos de la ecuación. En un contexto global tecnológico no debería sorprendernos el enriquecimiento procedimental, sino la revivificación continua de las tradiciones nacionales que performativamente reproducen las condiciones por las que se hace legítima dicha interpretación. Si la filosofía no quiere caer en la amenaza que Husserl y Heidegger denominaron ontologías regionales, convertirse en una ciencia particular restringida a una sola dimensión de lo ente, el recordatorio de lo que siempre ha sido su idiosincrática técnica, la visión necesariamente holística, opera aquí como toda una oportunidad para la alianza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

CLARK, A y D.J. CHALMERS, “The Extended Mind”, en *Analysis*. 1998.

BURGE, T., *Origins of Objectivity*. Oxford University Press. Oxford, 2010.

BUTLER, J., *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. 1990. Ed. Paidós Ibérica. Barcelona, 2007.

- “Contingent Foundations” en *Feminist Contentions: A Philosophical Exchange*, Ed. Benhabib, Butler, Cornell y Fraser, New York- London, Routledge.

- *Performatividad, precariedad y políticas sexuales*. En *AIBR*, revista de antropología iberoamericana, nº 3. 2009.

- *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Ed. Paidós. Barcelona, 2010.

BUTLER, J., LACLAU, E., S. ZIZEK, *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Fondo de Cultura Económica. Argentina, 2003.

HARAWAY, D., “Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX”. En *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ed. Cátedra. Madrid, 1991.

- *Primate visions: gender, race and nature in the world of modern nature*, Ed. Oxford University Press, New York. 1995.

- “Las promesas de los monstruos: una política regeneradora para otros

inapropiados/bles” en *Política y Sociedad* nº 30, Madrid. 1999. pp. 121-164.

NÖE, A., *Action in perception*. The MIT Press, Cambridge MA. USA, 2004.

PRECIADO, B., *Manifiesto contra-sexual: prácticas subversivas de identidad sexual*. Ed. Ópera Prima. Madrid, 2002.

SIMONDON, G., *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Ed. Prometeo Libros. Buenos Aires, 2008.

SOUSA, S. B., *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*. Ed. Plural. La Paz, 2010.

VEGA, J., *Mentes híbridas: cognición, representaciones externas y artefactos epistémicos*. En ABR, *Revista de Antropología Iberoamericana*. 2006.